

El lilar de las monjas

Para Alejandro López Andrada

Estallaba la primavera aquella mañana en aquel pueblo de Andalucía al que mi acompañante y la carretera me habían llevado, no sé en qué grado de responsabilidad. Mi acompañante tenía alguna gestión que hacer en aquel lugar (aparte de entretenerme a mí, pues trabajaba para la organización que me había invitado a dar una conferencia en la capital del valle) y, mientras se resolvía aquella, aprovechamos para visitar el pueblo, que era francamente hermoso.

Su nombre no lo recuerdo, pero sí su emplazamiento en lo alto de una colina, arracimado como un enjambre de flores blancas y rojas (blancas por la cal brillante y rojas por los tejados, de barro árabe muy antiguo) a la sombra del castillo y de la torre de la iglesia y dominando el mar de dehesas que cubría toda la llanura hasta donde la vista podía alcanzar. La estampa, vista de lejos, semejaba una postal, tan definidos eran sus colores y los contornos de los diferentes planos.

Por dentro, el pueblo, de estrechas calles, con caserones decimonónicos y plazas llenas de limoneros, algunas de ellas también con fuente, denotaba su antigüedad, así como su decadencia. Tanto el castillo como la iglesia, a cual más fuerte y amenazante, indicaban su importancia en otro tiempo, pero su soledad, apenas rota por algún viejo o por alguna madre con niño que paseaban entreteniéndose el tiempo, denunciaba la pérdida de aquella en beneficio de los nuevos pueblos y de la capital del valle, menos antigua pero de más población y prosperidad. Algo, por otra parte, muy habitual en Andalucía, por donde la

Reconquista avanzó fortificando lomas y cerros, tan peligroso era el campo abierto, y donde la población tardó en descender al llano.

La visita duró apenas una hora, justo el tiempo que en el Ayuntamiento tardaron en resolver el asunto que a mi acompañante le había llevado allí, y nos disponíamos a dejar el pueblo cuando el alcalde, que apareció para saludarnos interrumpiendo la reunión a la que asistía en aquel momento, nos recomendó visitar antes de irnos las obras que estaban llevando a cabo en un antiguo convento con el fin de convertirlo en un hotel. Era su obra más importante, según nos manifestó.

El convento estaba cerca, así que le hicimos caso (tampoco teníamos mucha prisa; hasta la hora de comer aún quedaba un par de horas por lo menos) y buscamos calle abajo las paredes del antiguo convento de monjas de clausura abandonado por éstas hacía muy poco al quedar ya sólo cuatro y las cuatro muy mayores; un final triste para un convento que en el año 2024 habría cumplido los cinco siglos y para el propio pueblo, que veía así cómo desaparecía uno de los pocos signos de su relevancia histórica.

Ya a la entrada del convento (un bello patio empedrado al que se accedía desde la calle por un portón fabuloso) pudimos ver las obras que se estaban realizando en él. Dos obreros con monos de color ocre sobre los que destacaba el escudo del Ayuntamiento y —en la espalda— el de la institución y el plan que financiaban aquellas obras (lo que nos hizo entender que los obreros eran parados del pueblo) descargaban de una carretilla el escombros que acababan de sacar del interior, apilándolo en un montón junto a la puerta. Sólo se les veía a ellos dos, pero las voces y los sonidos que llegaban desde dentro indicaban que había más trabajadores y que la demolición avanzaba a toda velocidad.

Porque se trataba de una demolición. Aunque el patio y la fachada delanteros, así como el gran portón que

durante muchos siglos aisló a las monjas del vecindario pese a que muchas de ellas venían de él (la mitad había nacido en el pueblo), permanecían casi intocados, el interior del convento era un auténtico zafarrancho en el que, en lugar de armas, se usaban mazos y picos y en el que participaban no menos de veinte obreros de los dos sexos y de todas las edades y apariencias. Se veía que en aquel pueblo el paro no era una simple anécdota.

Aunque mi acompañante no era de allí, varios de los obreros lo conocían, lo que nos facilitó poder andar por todas las partes pese a la prohibición que había a la puerta; eso y la alusión al alcalde, que era el patrón, al fin y al cabo, de los obreros.

La impresión que daba el viejo convento, ahora roto y desventrado por las mazas como si fuera un animal caído (los antiguos objetos conventuales, incluidos los religiosos, se apilaban o rodaban entre el polvo y hasta las cacerolas de la cocina y el torno que durante siglos comunicó a las monjas con el exterior permanecían entre los escombros), era de una gran ruina, pero no la provocada por el tiempo, sino por los propios hombres, que es la peor ruina que se conoce. Eso sí, todos los muros permanecían en pie, lo que nos permitió reconstruir mentalmente, mientras recorríamos las diferentes estancias, los espacios que ocuparon las distintas dependencias conventuales, desde la iglesia al claustro o al refectorio y desde las antiguas celdas a las modernas; éstas —apenas una docena— construidas con tabiques de ladrillo muy ligero (de los que quedaban sólo los trazos en las paredes y sobre el pavimento) en lo que fuera una galería, seguramente por el mal estado de las antiguas, o por la escasez de monjas, o por ambos motivos a la vez. Y eso que, según nos contó una de las trabajadoras, familiar directa de una de aquéllas, el pueblo fue un semillero de vocaciones prácticamente hasta su final.

La mujer, que recordaba también cuando, de niña, venía a visitar a su tía monja y —más tarde—, junto con

sus amigas adolescentes, a pedirles a las monjas palodulce, una raíz que crecía en la huerta (mientras nos lo contaba, buscó entre los escombros por ver si quedaba alguna para enseñárnosla) y que era un dulce muy codiciado por los muchachos del pueblo en aquella época, a falta de otros elaborados, nos describió el estado del interior del convento antes de la demolición. Es increíble —nos dijo—, pero las monjas lo tenían todo limpiísimo y eso que ya sólo quedaban cuatro y las cuatro muy mayores. Y, para demostrárnoslo, señaló las paredes encaladas y la gran cantidad de flores que todavía brotaban en el antiguo claustro.

La huerta, ahora un solar, aunque entre los escombros allí apilados se veían aún algunos árboles, la mayoría de ellos ya secos, pero alguno todavía dando flor en su abandono, ocupaba toda la parte trasera del monasterio y concluía en el cementerio, un pequeño cuadrado escondido en una esquina y separado del resto por un pequeño murete. Varias tumbas cavadas en la tierra sin ninguna identificación visible eran todo lo que permanecía de la vetusta comunidad de monjas que durante cinco siglos habitó aquel monasterio y que ahora ya sólo era un recuerdo; una comunidad por la que pasarían en ese tiempo varios cientos de mujeres como estas que ahora lo estaban tirando, vestidas, en lugar de con el hábito monjil, con el mono color ocre con el escudo del Ayuntamiento.

—Se las llevaron —nos dijo una, señalando las sepulturas mientras, en unión de una compañera, arrancaba ramos de lilas del espléndido lilar que florecía en un rincón emborrachando el aire de la mañana. Era un lilar fabuloso y de gran antigüedad a juzgar por el tamaño.

Las mujeres se fueron con las lilas y mi acompañante y yo seguimos nuestra visita, que prosiguió perfumada ya por aquel olor que el olvidado lilar del cementerio de las monjas desprendía para nadie y quién sabe si por poco tiempo ya. La construcción del hotel que sustituiría al convento seguramente no respetaría aquel sitio en el

que durante cinco siglos encontraron sepultura y su destino las monjas que lo habitaron, incluida aquella que, según las trabajadoras, falleció en accidente de coche a la salida misma del pueblo cuando, en compañía del cura, iba camino del hospital, la primera vez que salía de la clausura en los treinta y cinco años que llevaba en ella.

—Aquí... Por aquí sería —comentó mi acompañante al dar la vuelta a una curva cuando regresábamos a la capital del valle. El pueblo quedaba atrás, colgado de la colina como un racimo de flores blancas sobre el que sobrevolaban las torres y las cigüeñas.

Nadie me creerá. Pero no miento al decir que, mientras nos alejábamos, superada la curva en la que posiblemente perdió la vida la pobre monja justo el día en el que volvía a este mundo, por el retrovisor fui viendo cómo la cal y las tejas del viejo pueblo iban perdiendo color y se volvían malvas como las lilas que de repente habían comenzado a invadirlo todo.